

Ciudad, y le maltrataron infamemente. Vnos con lenguas de Canes le ultrajaban de palabra, diciendole: que era vn hypocrita, viandante, y perturbador de las quietudes nocturnas. Otros con menos piedad le ponian las manos, dandole empellones: y con palos le maltrataban à golpes. La iniquidad de otros executo en el Siervo de Dios, lo que fuele executarse con el mas infame malhechor: pues, bueltas las manos à la espalda, se las ataron con duros cordeles, ò para maltratarle mas à su satisfaccion, ò para impedirle la profecucion de su santo zelo. Todas estas hazañas de la malicia se ordenaban, à que el Venerable Pedro, precisado de los malos tratamientos, suspendiessse sus fervores; pero no pudieron vencer su constante firmeza. Sin embargo de todos estos quebrantos, proseguia todas las noches sus intentos, y continuaba à los pecadores sus avisos; acrecentandole el merecimiento de esta ocupacion el resignado sufrimiento, con que padecia estos infortunios. Siendo tantos los malos tratamientos, que de palabra, y de obra experimentò el Venerable Pedro; nunca se conociò, que en padecerlos tuviesse disgusto: pues siempre se notò su semblante sereno, placentero, y afable, aun con los mismos, que le maltrataban.

Vn sugeto de autoridad, cuyo personal conocimiento se ocultò

de el todo, y solo le diò à conocer su temeraria osadía, executò en el Siervo de Dios vna accion, por su crueldad impia, por su desmesura abominable, por sus motivos Luciferina, y por sus efectos tremenda. Teniendo este infeliz hombre noticia de los empleos santos, y raras virtudes de el Venerable Pedro, concibiò tan mal de sus obras; que su parto fueron abominaciones. Miraba à el Siervo de Dios de muy mal ojo, ò ya fuessse, porque tuvo sus virtudes por embustes: ò lo que es mas cierto; porque no era de su genio la santidad. Lo que mas irritado le tenia, era la aplicacion de el Venerable Pedro, à introducir la devocion de el Santissimo Rosario: y no pudiendo reprimir la fuerte impresion, que le avia hecho en el animo este indevoto afecto, hizo la explicacion mas fea; que pudo abortar su corazon enconado. Estando vn dia, ò dentro, como quieren vnos, ò à la puerta, como quieren otros, de la Iglesia de el Convento de la Merced, passaba cerca de el el Siervo de Dios; y aviendole visto, le dixo con gran desacato, no solo à la persona, sino tambien à el sitio: que era vn viandante, hypocrita, embustero, y otras palabras de igual estilo. Oyò el Venerable Pedro sus injurias; sin que se turbasse ni en su interior la paz de su alma; ni en su semblante lo halagueño; pero viendo el furioso hom-

hombre, que las palabras, aun que tan ofensivas, no contrastaban la Roca de su sufrimiento; recurriò à la cruel anotomia de las obras. Levantò la mano impiissima, y con sobervio impulso descargò en el Venerable rostro vna cruelissima bofetada: pero ni con este tan sensible golpe se diò por vencida la fortaleza de el Venerable Pedro. Tan sin alterarse llevò aquel tratamiento injurioso; que antes con reflexion Christiana de los Evangelicos consejos; poniendose de rodillas delante de el ofensor, le ofreciò la otra mexilla: y le pidiò, que le repitiesse, no vna, sino muchas bofetadas; porque todo lo merecian sus culpas. Ya que en este lance fue tal por Dios el sufrimiento de el Venerable Pedro; no quiso sufrir la Magestad Divina las injurias de su Siervo: y irritada contra el malhechor, hizo en castigo de su delito, que el brazo, que avia sido instrumento de accion tan iniqua, quedasse baldado, y seco. De este con otros accidentes se le originò la muerte à este impio hombre; pero antes hizo algunas demostraciones de arrepentimiento. Quando se sintiò mortalmente accidentado, mandò llamar à el Siervo de Dios, y le pidiò perdon de sus agravios: y el Venerable Pedro pagò sus injurias con darle prompto el perdon, que le pedia, y asistirle en su enfermedad con tanto empeño; que estu-

vo de rodillas junto à su cama, hasta que murió.

CAPITULO XXIII.

*CASTISSIMA PUREZA,
y pobreza extremada de el Venerable Pedro de San Joseph.*

LA Templanza de el Venerable Pedro, que es vna de las quatro Virtudes Cardinales, y consiste en la moderacion de los apetitos; no puede historiarfe; sin que se toque en la relacion alguna de las virtudes, que como partes suyas se consideran. Por esta razon sigo la Historia con la narrativa de su castidad, que es vna de las parciales de aquella virtud. En esta, pues, nobilissima porcion de la Christiana Grey, y fulgentissima corona de la Santidad, fue excelente el Siervo de Dios Pedro de San Joseph. Los que hablan de la castidad de este purissimo hombre, dicen: que fue por todos titulos Angelica; porque mas parecia su limpieza virginal primoroso asseo de vn puro espiritu; que de vn alma, cargada con el asqueroso peso de la carne, y optimida con los insultos de las corporales flaquezas. De la pureza de su alma era cierto indicante la modestia de su aspecto: à cuya vista se componian todos; sin que en presencia suya osasse persona alguna hablar palabra,

labra, ni executar accion en puntos de castidad descomedida. El privilegio, con que exaltò Dios à algunos Santos, de que su vista, ò contacto comunicasse afectos puros, se le participò tambien à este Siervo de Dios: pues le hizo la mano de el Señor tan limpio; que à los que le veian reducía, y movía con poderoso influxo à el amor de la Castidad. Ayiendole entrado muchas vezes el zelo de la salvacion de las almas en las casas, donde moraba la lascivia, fue tal su recato; que ni pudo dañarle su veneno; ni menos notarfe alguna accion, que levemente se deslizasse à este pegajoso vicio. En este solo suceso tiene la castidad de el Venerable Pedro todas las recomendaciones de prodigiosa: pues fue sin duda cosa muy extraordinaria, que no se abrasasse entre el fuego de la luxuria vna materia para su voracissima llama tan combustible; como lo es la fragil carne. Por el amor, que tenía à la pureza, aumentaba cuydados en la conservacion de esta preciosissima prenda; viviendo, quando no era forzoso el comercio, retirado de los voluntarios concursos, en que suele facilmente robarse este Celestial tesoro. Los extremos, con que huía el contagioso mal de la lascivia, se conócian bien de el melindre, con que se portò en el siguiente caso.

A vnas, que el Mundo llama

Damas Cortesanas, y en la realidad son mugeres perdidas con publicidad escandalosa en lascivos desordenes, quitò el Maestre de Campo Don Alonso de Vargas Zapata y Lugan, siendo Juez Ordinario en Goatemala, vnos vestidos; en cuyo profano adorno prendian à quantos incautos las miraban. Hizose almoneda de esta ropa: y su producto, que fueron trecientos ducados, se diò de limosna por el dicho Juez à el Venerable Pedro, para que los gastasse en la fabrica de el Hospital. Recibiòlos por entonces el Siervo de Dios; pero passado el termino de tres dias, que los avia tenido en su poder, se los bolviò à Don Alonso, sin aver gastado de ellos vn quarto; para que los aplicasse à otro assumpto. Dixole, que assi lo executaba; porque Dios no recibia, ni queria admitir aquella fuerte de dinero. Tan candida fue su pureza, que no quiso, que entrassen aquellos ducados à costear la obra; porque los ascos de la luxuria, que avian ocultado los vestidos, y pudiera averfele pegado à el dinero, no quedassen tambien internados en las paredes de su casa. Estos cuydadosos extremos de su castidad los continuò el Venerable Pedro todo el curso de su vida: y assi se conservò virgen purissimo, hasta que espirò, segun las reflexiones, que pudo hazer de sus procederres, quien le conociò desde sus primeros años, y quien

quien le tratò hasta la vltima hora de su vida. De este mismo parecer fue su Confessor, que, como quien conocia todas las interioridades de su conciencia, pudo con mas fundado juicio assegurarlo. Atendiendo esta rara prerrogativa, desseò, y aun intentò el Reverendissimo Fray Rodrigo de la Cruz ponerle en sus manos, despues de muerto, la Palma de la Virginidad: pero huvo de desistir de su intento, y mortificar su desseo; porque no se fucitasse con esta resolucion alguna contienda, que perturbasse los animos.

La pobreza estuvo tan mal opinada en el Gentilismo, que Platon la puso en fraternal vnion con las iniquidades: y los Athenienses la desterraban de la Republica, como à oficina de la perversidad. Si estos sintieron, y dixeron algo de provecho en este punto, hablaron como meros Politicos, y de la pobreza precisada: pero la pobreza voluntaria, aunque mas Canes la muerdan, intentando lacerar sus andrajos, es meritoriamente virtuosa, y calificada de santa por el mismo Jesu-Christo. A imitacion de este exemplar supremo se hizo el Venerable Pedro pobre voluntario: y tan extremadamente pobre, que todas sus posesiones eran las limosnas, con que queria focorrerle la piedad Christiana. Las pensiones, que ordinariamente trae consigo la pobreza, como son hambre, des-

tierro, servidumbre, y desnudez, fueron calamidades, que no dexaron de la mano à el Venerable Pedro. Desde muy mozo salìo desterrado de su patria, y estuvo peregrino en Goatemala: y allí padeciò voluntariamente muy buenas hambres. Su desnudez se conoce en su mismo vestido: cuya desdicha, aun era insuficiente, para cubrirle bien las carnes. Su exterior ropa era el Abito de la Tercera Orden de Penitencia: y à la pobreza, en que este està constituido, añadia desdichas el espiritu pobre de el Siervo de Dios. Era su Abito de paño burdo con las circunstancias de viejo, y muy raído: y aunque fuesen muchas sus roturas, suplía con remiendos el recurso, que pudiera tener à otro menos maltratado, ò nuevo. Motivado de su piadoso afecto à el Siervo de Dios, le diò vn Mercader vn retazo de paño, para que hiziesse vn manto nuevo: y por no despreciar su fineza, ni faltar à la vileza, que queria en su vestido, hizo vn cambio con vn Hermano Tercero: y tomando para si vn manto, que este traía, menos malo que el suyo, aunque tambien era viejo; le diò el nuevo, que le avian dado de limosna. El cordon, con que se ceñía, y pertenece à la forma de este Abito, era vna foga tan gruesa; que mas que para ceñirle, pudiera servir, para sujetar vna carga.

El

El vestido interior se componia de vnas calzas de la misma tela de el Abito: y si acaso estas se hazian pedazos, no tenia cuydado alguno de buscar otras, ni se las ponía; si la piedad compasiva no se las daba de limosna. Lo mismo executaba con los zapatos: por cuya razon ordinariamente andaba descalzo; sirviendole de calzado su misma piel. Con la continuacion de andar así, se le hizieron en los pies vnas grandes aberturas: y para remediar esta necesidad, vnía las partes separadas; cosiendolas con aguja, y vn hilo de pita. La materia de los calzones era vna red texida de varios colores, de que hazen facos los Indios, para portear mazorcas de maiz: cuya pobreza disimulaba el humilde Pedro, poniendoles por la parte inferior algunos pedazos de lienzo colcosidos: y así, si alguna casualidad los descubria, no era tanta la vileza, que se manifestaba, como la que quedaba oculta. Algunas vezes le sirvió de camisa vna tela tosca de hilazos de cañamo, de que vsan, para embolver fardos de ropa, y en aquel Reyno llaman Guanoche; algo mas basta, que la que en nuestra España llamamos Harpillera. Otras vezes se passaba sin este interior vestido, aunque tan bafsto: y por esta causa en algunas ocasiones, por entre las roturas de la exterior tunica, no se descubria otra tela, que la de sus proprias carnes: cu-

ya desnudez era la gala mas propria de su pobreza. Siendo esta ropa tan despreciable, y tan aspera su materia, la traía siempre puesta, mientras le duraba; porque ni tenia, ni queria tener otra, con que mudarse. Por esta razon abundaba en la plaga de piojos, que son el mayorazgo de la pobreza: y à el Siervo de Dios le era muy grata esta desdicha. A los que afligidos de las punzadas de estos animalejos, recurrian à el remedio de las vñas, solia dezir: que no se fatigassen; porque los piojos eran de tan buena condicion; que en picando vna vez, se estaban despues sofsegados.

CAPITVLO XXIV.

HVMILDAD PROFVND A

de el Venerable Hermano, y Siervo de Dios Pedro de San Joseph.

TOda la seguridad de vn edificio consiste en la proporcion de los cimientos; y por esso quanto mas se eleva su fabrica, mas se profundiza su fundamental estructura. Esta cimetria, que el arte conoce como precissa en las materiales obras, debe notarse con mas cuydado en los edificios espirituales, cuyo fundamento es la humildad: pues sin ella el practicar virtudes, es labrar torres de humo, que se lleva,

y

y desvanee facilmente el viento de la vanidad. No conociò esta falta el Venerable Pedro en la sumptuosa fabrica de su Santa vida: pues como diestro Architecto, y prudente obrero le dispuso, y costèò solidissimos fundamentos en la humildad mas abatida. No se le oyò palabra, que sonasse à presumpcion, jactancia, ò vana-gloria; dando à entender la lengua, que ordinariamente se mueve por los impulsos de el corazon, la humildad, que se ocultaba en su animo. Frequentemente exhortaba à sus compañeros à esta virtud, diziendoles: que los Bethlemitas debian estar debaxo de los pies de todos: y avian de andar arrastrando por el suelo, como Escovas. En su vltima enfermedad le entrò à visitar el Excelentissimo señor Don Fray Payo de Ribera por el amor grande, que le tenia: y temiendo, que peligrasse su humildad en lo honorifico de la visita; le hizo sobre este punto algunas prevençiones. A las exhortaciones de este Principe respondiò muy lexos de toda vana-gloria el Venerable Pedro: que bien sabia, que su Señoria Ilustrissima visitaba algunas vezes los enfermos de el Hospital: y que no aprehendia otro motivo para su visita, que ser el vno de los dichos enfermos: y que no sus merecimientos, sino sus achaques le avrian excitado à aquella piadosa obra.

Entre los apuntamientos de el librito, de que hize memoria, se hallaron estas clausulas, dictadas de su espiritu, y notadas de su mano: *O dichosa, y bienaventurada la alma, que con estas quatro virtudes acompaña su oracion; que son humildad, mortificacion de sus apetitos, confianza, y perseverancia: porque siempre alcanzará de el Señor, lo que le pidiere, y le ballará todas las vezes, que le buscare.* Diò à entender en estas palabras, que era la humildad vna de las virtudes de su mayor aprecio: y esto mismo dexò escrito de mejor tinta con los caractères de sus obras. Los terminos de la sobervia son, amarse à si mismo hasta despreciar à Dios: y los de la humildad, como virtud opuesta à aquel vicio, son, amar à Dios, hasta despreciarse à si mismo. A este extremo llegaron vigorosos los humildes impulsos de el Venerable Pedro: pues fue bien rara la baxeza, con que sentia de si mismo. Quando en la fabrica de el Hospital se empleaba, en cargar, como Peon, cubos de mezcla, y otros materiales; riendose de si, y haziendo memoria de su ignorancia, dezia: *Yo estaba estudiando para Sacerdote; pero en verdad, que Dios me tiene destinado para Peon.* Su Confessor, y otros algunos Varones Doctos, con quienes solia consultar aun las mas seguras determinaciones, le respondian: que para que consultaba, ni pedia consejo, en lo

M

que